

## LA ETAPA DE LA CONCIENCIA DESDICHADA EN LA "FENOMENOLOGIA" DE HEGEL

Alfonso López Martín

### INTRODUCCION

La *fenomenología del Espíritu* es la primera obra importante de Hegel. Si Hegel hubiera muerto antes de escribir la *Fenomenología*, no hubiera pasado de ser un profesor más o menos brillante. Y lo de brillante con ciertas reservas, pues nunca fue un profesor popular, sino desconocido para la gran masa de estudiantes, pero seguido por una minoría de discípulos entusiastas.

La *Fenomenología* es la creación de un espíritu atormentado. Cuando escribe esta obra, el alma de Hegel está más cerca de la de Dostoyevski que de la de un espíritu sereno. Graves circunstancias lo afligían. Tenía ya 35 años y no había producido nada extraordinario, mientras que íntimos amigos, más jóvenes que él, eran ya autores de obras famosas. Por otra parte, su ánimo era presa de extrañas ansiedades: mientras escribía la *Fenomenología*, se gestaba también su hijo ilegítimo Ludwig.

El estilo de la *Fenomenología* es vigoroso y directo. Está plagado de frases ciempiés que es preciso analizar poco a poco. Hegel aborrece los escritos dirigidos al gran público. Escribe sólo para especialistas, siguiendo el ejemplo de los grandes pensadores. Este estilo consiste en envolver el núcleo del pensamiento y en seguir envolviéndolo hasta que ya casi no se vea el exterior. De esta manera, Hegel repele el gusto popular. Es cierto que la obra está llena de aforismos, pero éstos están casi totalmente sepultados debajo de párrafos ciclópeos.

La *Fenomenología del Espíritu* se encuentra en el tercer momento de la gran tríada dialéctica. Ya la Idea se enajenó a sí misma en Naturaleza y ésta recobra su antigua dignidad de libertad, ahora enriquecida, en el Espíritu. Es, pues, un tratado del

Espíritu.

Hegel hace del Espíritu, no un estudio cualquiera, sino un estudio fenomenológico. El fenómeno es la apariencia, pero no se trata de una apariencia cualquiera, por ejemplo, la que nos testimonian los sentidos, sino más bien de una apariencia que quiere decir propiedades. La palabra fenómeno está enraizada con "phaino": alumbrar y con "phos": luz. De esta manera, por las luces o propiedades que despiden el Espíritu, llegamos a conocerlo.

Se ha dicho que la *Fenomenología del Espíritu* es la historia novelada de la conciencia que, partiendo de las primeras apariencias sensibles, llega a descubrirse a sí misma como verdadera naturaleza. En este sentido, es el estudio del devenir de la ciencia y del saber: el camino que recorre el individuo singular a través de los grados de formación del espíritu universal. Pretende ser el saber tal y como va apareciendo. Trata de conducir al individuo desde el punto de vista natural hasta el punto de vista científico. Parte de la actividad de los sentidos para terminar en el punto en que el espíritu se conoce a sí mismo: desde la inmediatez sensible hasta la suprema mediatez del conocimiento.

Antes de la reflexión, la conciencia vive la inmediatez con las cosas. Pero desde esta inmediatez hasta la mediatez total que supone el espíritu absoluto, hay un largo proceso. Se trata de toda una serie de cambios dialécticos, de experiencias de la conciencia a las que Hegel llama figuras. Estas son como estaciones de tránsito del camino de la conciencia que ésta recorre en la serie de sus plasmaciones. El recorrido termina cuando la conciencia se ha depurado hasta convertirse en espíritu, haciendo la experiencia completa de sí misma. De esta manera, la *Fenomenología* es la exposición del saber tal y como



tiene lugar.

Este es el camino por el que se manifiesta el espíritu cósmico y por el que se educa también la conciencia del hombre. Así las figuras de la conciencia vienen a ser las mismas que las figuras del universo.

El lector se educa a sí mismo filosóficamente en consonancia con el despliegue del mundo. El proyecto de la *Fenomenología* es análogo al del *Fausto*: quiere ser una especie de manto encantado que sirva al espíritu para recorrer los reinos y para aprender a conocer con mayor precisión al universo y a sí mismo. Ese manto es en Hegel el "concepto", una especie de bata de siete leguas que permite al sujeto y al universo compenetrarse mutuamente.

El trayecto que recorre el espíritu es sinuoso. Termina en el conocimiento propio. El meollo es el "conócete a tí mismo". Creyendo encontrar la verdad fuera, la encuentra dentro de él mismo.

La *Fenomenología del Espíritu* describe un doble movimiento: por una parte, el sujeto busca la certeza en un objeto externo y la halla finalmente en sí mismo. Por otra, el sujeto, para afirmarse, se opone a otros sujetos a los que destruye o somete.

En resumen, la *Fenomenología* es la historia de las vagabunderías del espíritu hasta que se encuentra finalmente dentro de sí mismo (1).

En el origen del pensamiento hegeliano, encontramos una experiencia religiosa de lo trágico de la vida. Antes de ser un filósofo, Hegel fue un teólogo. Inicialmente Hegel habría tenido una intuición mística del desgarramiento, de la contradicción y de la dialéctica (2).

Este es el camino por el que se manifiesta el espíritu cósmico y por él se educa también la conciencia del hombre (3). Así, las figuras de la conciencia vienen a ser las mismas que las figuras del universo. La unidad se da en el "logos"; pero éste lleva dentro de sí todo el dolor de la contradicción (4).

El espíritu reconquista su verdad sólo a condición de reencontrarse a sí mismo en el absoluto desgarramiento (5). Es un caminante y un país al

mismo tiempo que llega en su peregrinar a la Edad Media, a la religión del piadoso temor que deprime al hombre en nombre de Dios (6).

Para Hegel, el cristianismo aparecerá en todo momento como el instante en que el individuo humano se reconoce como tal. Pero encontramos dos actitudes en Hegel en relación al cristianismo. En sus obras de juventud, habla de él como de una decadencia; mientras que en las de madurez, lo considera como un progreso (7).

La contradicción, la desgracia y la muerte forman parte del despliegue del espíritu. La filosofía hegeliana es trágica (8). Dios está presente y vivo en la muerte de cada ser finito. Lo infinito sólo puede mostrarse en lo finito. Entonces lo finito se niega a sí mismo y muere. Lo infinito resulta ser así la inquietud de lo finito (9). La expresión "Dios está muerto" significa dos cosas: 1o. El hombre ha ocupado su lugar, y 2o. Ha muerto como unidad al crear el mundo, se ha sometido a la ley de lo negativo. Lo infinito y lo finito se reconcilian en la historia (10).

#### Catorce etapas

La fenomenología del espíritu es una especie de escalera que consta de catorce peldaños, en opinión de E. Bloch. Corresponden en conjunto a la división tripartita que Hegel hace del Espíritu. De la primera a la séptima etapa, corresponde al espíritu subjetivo; de la octava a la décima, al espíritu objetivo; y de la undécima a la catorce etapa, al espíritu absoluto.

#### Primera etapa: la certeza sensible.

Tiene por objeto el *esto*, el *aquí* y el *ahora*. Es la certeza inmediata, porque el individuo cree que conoce inmediatamente las cosas. Pero se da cuenta de que sólo capta lo fugaz del *esto*, del *aquí* y del *ahora*. Esto es, lo que tiene delante son los objetos más pobres y más abstractos del conocimiento. El saber del ahora descansa sobre la negación del ahora precedente: no permanece. Por consiguiente, se convierte en un saber mediato.

#### Segunda etapa: la percepción.

Capta, no los objetos, sino sus propiedades: las cosas dotadas de propiedades. Pero las propiedades son múltiples y el objeto es uno. Las propiedades

(1) Brehier, E., *Historia de la Filosofía*, III, Buenos Aires, pág. 359.

(2) Garaudy, R., *El problema hegeliano*, Buenos Aires, 1969, pág. 7.

(3) Bloch, E., *El pensamiento de Hegel*, Méjico, 1949, pág. 45.

(4) Idem, pág. 55.

(5) Hegel, *La Phénoménologie de l'Esprit*, prefacio.

(6) Bloch, *op. cit.*, pág. 51.

(7) Garaudy, *op. cit.* pág. 13.

(8) Idem, pág. 17.

(9) Idem, pág. 24.

(10) Idem, pág. 26.



están en el sujeto y no en la cosa. Son propiedades de lo fugaz y esto hace que se produzca la ilusión.

#### Tercera etapa: el entendimiento

Es una conciencia que comprende a medias. El objeto ya no es percibido, sino pensado. Aparece como desdoblado, espejado en sí mismo, como interno y externo, como esencia y fenómeno. Pero el objeto es ahora una unidad que se distingue de la multiplicidad. La contradicción aparece cuando lo suprasensible, la esencia, pretende ser algo sensible, fenómeno.

#### Cuarta etapa: la autoconciencia

Por fin, la conciencia aprende que conocer no es otra cosa que conocerse a sí mismo. El entendimiento arriba a la autoconciencia. El objeto que hasta ahora se oponía a la conciencia es ya concepto. Lo otro queda cancelado como extraño. La conciencia sale de la apariencia de lo sensible y de la vaciedad de la esencia suprasensible. Pero la conciencia se desparrama en las conciencias individuales. Entonces surge la lucha y la dominación de unas conciencias para con otras. Aquí estudia Hegel la dialéctica del amo y del siervo con la noción de enajenación; la libertad de la conciencia en las figuras del escepticismo y del estoicismo, y, finalmente, la conciencia desventurada.

Históricamente, la conciencia desventurada corresponde al pueblo judío, a las postrimerías del Imperio Romano y, sobre todo, a la Edad Media cristiana.

La conciencia desventurada se convierte así en el tema central de la *Fenomenología del Espíritu*. La conciencia sólo puede ser dichosa por una de estas dos razones: o porque ha recorrido ya las diversas estaciones o figuras que conducen a la certeza y a la verdad, o, simplemente, porque en una conciencia ingenua, ignorante de su desgracia.

Pero el fenómeno de la desgracia de la conciencia es algo todavía más profundo. El alma humana es el universo que toma conciencia de sí. Por consiguiente, constituye la expresión del mismo universo, un desgarramiento en el seno mismo del ser. Pero este tema será objeto del cuerpo de este trabajo.

#### Quinta etapa: la razón observante

La razón margina a la conciencia. La desventura de la conciencia no se supera en el más allá, sino en el presente. La Edad Moderna sucede a la Edad Media. La razón observa la naturaleza, sus signos, sus leyes. Es la vuelta del individuo al mundo. Es el descubrimiento de que el mundo no es una desventura, sino

un cosmos. Es la razón, la conciencia cobra certeza de ser toda realidad.

Pero surge la contradicción como impotencia de la naturaleza para llegar a las determinaciones conceptuales del espíritu. Hegel negó la función rectora de la razón. La razón no dirige la realidad, sino que llega a ella *post factum*. La razón tiene como objeto la naturaleza y ésta es un revoltijo que mezcla lo más alto y lo más bajo. Le pasa lo que al órgano sexual, que mezcla la función de procrear con la de orina.

Para Hegel la razón desbarra en pseudociencias como la fisiognomía y la frenología. Hegel reacciona frente a la física de su tiempo, arrinconada hoy día por las nuevas teorías.

#### Sexta etapa: realización de la conciencia racional.

La razón pugna también por realizarse en el mundo. Pero ello llevaría al absurdo de que "el ser del espíritu es, según esto, un hueso". La razón puede convertirse en verdad de estas tres maneras: disfrutando del mundo (el placer y la necesidad), mejorando el mundo (la ley del corazón y el delirio de la presunción) y combatiendo contra el mundo (la virtud y el curso del mundo). Por estos tres caminos se llega al reino de la moral.

La realización de la conciencia no resulta desde el plano individual, sino desde el universal. Pero tampoco se trata de aquella universalidad—Estado falsa que defiende los intereses creados y promueve la guerra de todos contra todos. Se trata de una universalidad como la de la *polis* griega.

#### Séptima etapa: el individuo satisfecho en sí mismo.

El individuo pasa del disfrute del mundo a la complacencia de sí mismo. Así se apacigua toda oposición con el mundo. Pero es el reino animal del espíritu, la cosa o el fraude, porque no es un disfrute sereno, sino amargo. Hegel previó que los intereses que las ideologías decían defender no eran otros que los intereses de los individuos. De ahí que ante el fracaso de esta razón se vaya preparando el reino verdaderamente moral: el espíritu.

#### Octava etapa: el orden ético

Ahora el espíritu deja de ser algo subjetivo para convertirse en objeto, en instituciones. A esta etapa pertenecen las relaciones entre los sexos, la ley humana y divina, la culpa y el destino, ya el estado de derecho personificado en el derecho romano, cuya última reencarnación era el derecho napoleónico.

El espíritu es el orden moral que comienza por costumbres sencillas y espontáneas para elevarse luego a la masculinidad y feminidad como distintos entes



éticos y jurídicos. La relación entre los sexos la estudia Hegel en la figura de Antígona. La esencia ética se nos muestra en la mujer bajo la forma de hermana. El hermano es más insustituible que el hijo; éste se puede reemplazar, aquel no.

Pero también la figura de Antígona nos ilustra acerca de la ley humana y ley divina. En la *Antígona* de Sófocles, Creonte personifica la ley humana, Antígona la ley divina. La ley divina se presenta como contrapuesta al estado y se encarna en la familia como comunidad ética natural. La familia es conciencia de sí en el elemento del otro. La familia surge así al mismo tiempo que los dioses. Vendría a ser la institución religiosa más antigua, pues estaría relacionada con el culto a los muertos.

#### **Etapa novena: la cultura**

El espíritu se hace extraño a sí mismo cuando crea cultura. El hombre es como un gusano que, en lugar de segregar seda, segrega cultura. Pero esto constituye la enajenación del espíritu: se produce la conciencia desgarrada que nada tiene que ver con aquella otra conciencia desventurada de la cuarta etapa. La conciencia desgarrada es una conciencia frívola, la conciencia de la Ilustración, cuyo anhelo de libertad absoluta conduce al terror.

El espíritu que comenzaba a destacarse en el mundo ético se exterioriza ahora en el mundo de la cultura, condición para llegar al conocimiento de sí mismo. Es un momento dialéctico negativo que suprime para recuperar después en un estadio superior.

La enajenación cultural tiene su efectividad en el lenguaje. Gracias al lenguaje, el pensamiento individual establece su unión con el universal. El pensamiento se exterioriza y se deposita en el lenguaje; el hombre puede elevarse a figuras más elevadas.

#### **Etapa décima: la conciencia moral.**

Parece algo sublime, pero está lleno de contradicciones. Se ataca aquí dos tipos de moralidad: la teoría del deber de Kant, por ser ajena a la realidad, y el culto a la personalidad de los románticos: lo que se llamaba el *alma bella*. Esta última es un alma llena de buenas intenciones que no salen al exterior. La actitud moralizante del deber es fundamentalmente hipocresía.

#### **Etapa undécima: la religión**

Con la religión, el sujeto hace su entrada en el espíritu absoluto. No es todavía el saber absoluto, porque el sujeto y el objeto no coinciden plenamente.

La religión aparece, en primer lugar, como algo tosco, como la religión primitiva, algo que va adquiriendo poco a poco formas más concretas: un animal, una esfinge, un arquitecto constructor.

#### **Etapa duodécima: la religión del arte.**

El espíritu, que trasciende la piedra, se convierte en arte. Es la religión griega. Los titanes, que corresponderían a la etapa anterior, son derrocados para dar paso a los dioses mesurados que se convierten en hombres, dioses antropomorfos. En el terreno de una progresiva concreción del espíritu, Hegel distingue tres momentos: obra de arte abstracto, vivo y espiritual.

#### **Etapa decimotercera: la religión revelada.**

De nuevo se instala la desdicha. Es la etapa de la muerte de Dios. El Gólgota es también la cuna del espíritu. Muere el sujeto, desaparece su abstracción, para convertirse en autoconciencia real, simple y universal.

#### **Etapa decimocuarta: el saber absoluto.**

En ella el espíritu se realiza plenamente. Al final de todas las mediaciones, aparece otra vez la inmediatez. Pero lo inmediato no es ahora lo otro, sino el espíritu mismo. El objeto se supera por su identificación con el sujeto.

Aquí termina la historia de la conciencia, pero la dialéctica no se puede parar. La *Fenomenología* termina históricamente, pero, sin embargo, entre espumas.

#### **Análisis filológico de conciencia desdichada.**

Conciencia desdichada se dice en alemán "Unglückliches Bewusstsein", esto es, SER (sein), CONSCIENTE (Bewusst), DESGRACIADO (unglücklich). De las tres voces que entran en este concepto la única que nos es familiar por su correspondencia con otras voces indoeuropeas es "sein", que corresponde al latín "est", al griego "esti" y al sánscrito "asti", por señalarlos en su tercera persona singular del presente de indicativo.

Conciencia, sin embargo, procede del latín "cum - scientia". La voz latina "scientia" se origina de la raíz indoeuropea SKEI-, cuya idea es la de cortar. Corresponde en sánscrito a "śya": congelar; en griego a "schazo" y "schisma": cortar, dividir; en latín a "scire" en el sentido de que saber consiste en un cortar o dividir de la inteligencia con respecto a su objeto que se presenta ante ella como un todo impenetrable antes de que el entendimiento comience



a obrar cisuras en él. La voz castellana que ha conservado el sabor significativo y la figura fonético-gráfica de la raíz originaria es el verbo "escindir".

#### Lugar de la conciencia desdichada.

Para Hyppolite, la conciencia desdichada es el tema fundamental de la *Fenomenología del Espíritu*. Es una conciencia que no ha llegado todavía a la identidad concreta de la certeza y de la verdad. La conciencia puede ser dicha por una de estas dos razones: o porque ha realizado el recorrido de las diversas figuras que conducen a la certeza y a la verdad, o, simplemente, porque es una conciencia ingenua (11).

Pero Serreau ve en el fenómeno de la desdicha de la conciencia un aspecto todavía más profundo. El alma humana es el universo que toma conciencia de sí. Por consiguiente, constituye la expresión del desgarramiento en el seno de ese mismo universo, en el seno mismo del ser (12).

#### Conciencia desdichada y conciencia desgarrada.

Aunque tratar de la conciencia desdichada nos lleve a ver un desgarramiento en el seno del ser, debemos cuidarnos, sin embargo, de confundirla esta conciencia con la conciencia desgarrada. La primera surge de la consideración de que nuestra existencia está separada de la vida universal. Es la conciencia cristiana que se alimenta de una salvación que continuamente se le escapa (13). Es el estado de ánimo del cristiano que, por estar separado de la trascendencia divina, opone su propia nada a la esencia eterna e infinita (14).

La conciencia desgarrada, por el contrario, no es una conciencia llena de nostalgias de devoción, sino una conciencia espiritualmente desgarrada y frívola. No es ya la cuarta etapa de la conciencia en el recorrido de la *Fenomenología del Espíritu*, sino la novena etapa. Se trata de una etapa dialécticamente negativa en la que la conciencia se enajena en la cultura (15).

En la cuarta etapa, sin embargo, la conciencia comienza por hacerse autoconciencia. Se identifica

consigo misma al coincidir con su objeto. Es la dialéctica del amo y del esclavo. Supone que la conciencia se duplica y se divide. Ahí arranca su desdicha.

#### Conciencia como subjetividad

La conciencia desdichada es el resultado del desarrollo de la conciencia de sí, que consiste en la subjetividad convertida en verdad. Pero entonces la conciencia descubre su propia insuficiencia, el dolor de que no es capaz de llegar a la unidad de sí misma. Es la subjetividad que no logra llegar al reposo de la unidad. Se sitúa lo que es conciencia de la vida y de lo que sobrepasa la vida. Es una elevación hacia la libertad que no llega a ser realidad por permanecer subjetiva (16).

Esta subjetividad recuerda la primera parte de la filosofía de Fichte tal y como la interpretó Hegel (17).

#### Alternativa de la conciencia desdichada.

La conciencia termina por percibirse a ella misma en cuanto conciencia. Se encuentra en presencia de una particularidad consciente y, al mismo tiempo, del más allá. La conciencia desdichada se produce una y otra vez en la vida del espíritu. No termina hasta que la conciencia vuelva al objeto de su búsqueda que es al mismo tiempo ella misma como realidad (18).

Pero el espíritu debe triunfar de esta división interior y ascender hacia otro estadio superior. La desdicha es un paso necesario, pero transitorio. La negatividad es el vehículo del progreso, el motor del desenvolvimiento. La meta consiste en vencer las oposiciones que crean la infelicidad de la conciencia (19).

La dialéctica, tomada en su conjunto, no es sino la narración de las desdichas de la conciencia, nunca satisfecha puesto que nunca está completa. Cuando ella tome conciencia de su desarrollo, será "cuando Odiseo podrá, reincarnándose en Homero, cantar su Odisea (20).

#### Origen teológico del concepto de conciencia desdichada.

Para Garaudy, Hegel fue un teólogo antes que

(11) Hyppolite, Jean, *Genese et structure de la "Phénoménologie de l'Esprit" de Hegel*, París, 1967, pág. 184.

(12) Serreau, René, *Hegel y el hegelianismo*, Buenos Aires, 1964, pág. 94.

(13) Brehier, E., *Historia de la Filosofía*, Buenos Aires, 1962, pág. 360.

(14) Serreau, R., *op. cit.*, *ibid.*

(15) Bloch, Ernest, *El pensamiento de Hegel*, Méjico, 1949, pág. 74.

(16) Hyppolite, J., *op. cit.*, pág. 189.

(17) *Idem*, pág. 185.

(18) Wahl, Jean, *Le malheur de la conscience dans la philosophie de Hegel*, París, 1951, pág. 143.

(19) Serreau, R., *op. cit.*, pág. 95.

(20) Wahl, J., *op. cit.*, pág. 15.



un filósofo. Vivió una experiencia esencialmente religiosa de lo trágico de la vida. Tuvo la intuición del desgarramiento del ser, de la contradicción y de la dialéctica. Su obra fue una dialéctica romántica y trágica de la desesperanza (21).

### El concepto

La conciencia desdichada tiene también conciencia de la otra. Es expulsada de modo inmediato y nuevamente de cada una de las etapas, cuando la conciencia creía que había llegado al triunfo y a la quietud de la unidad. Pero el verdadero retorno, o la reconciliación de la conciencia consigo misma, se presentará como el concepto del espíritu hecho vivo y entrado en la existencia. Es su propia naturaleza, única e indivisa; pero, al mismo tiempo, doble: la conciencia de sí que mira a la otra. Es conciencia de las dos. Pero para sí no es todavía la unidad de ambas (22).

La infelicidad se produce cuando el espíritu toma conciencia de sí mismo como de lo trascendental, conciencia sin contenido, cambio perpetuo de una idea a otra, yo que se opone al no-yo, paso del ser al no-ser y del no-ser al ser.

Es necesario que la conciencia pase por esta especie de crepúsculo hasta que los elementos se conciban no como elementos, sino como conceptos, no como opuestos, sino como opuestos y unidos simultáneamente (23).

El concepto no es pura representación subjetiva, sino la esencia misma de las cosas, su en-sí. Únicamente él tiene realidad. Para Hegel, como para Aristóteles, el concepto es la esencia necesaria de la realidad. La tarea de la filosofía es la elaboración conceptual de la conciencia. Entonces la conciencia adquiere absoluta verdad o realidad, se convierte en concepto o espíritu.

Los ingleses han traducido la voz alemana *Begriff* (idea o concepto) por *notion*. Pero *Begriff* se deriva *begrifen*, que significa lo que se comprende, lo que se toma conjuntamente. La traducción más afortunada sería *concepto*, de *concupere*, etimología mucho más expresiva y precisa.

El concepto es, pues, la comprensión, lo universal que comprende sus determinaciones en un desenvolvimiento dialéctico y constituye algo absolutamente concreto. La idea es la realización adecuada del concepto: la unidad del concepto y de la

objetividad. El concepto es el universal verdadero, el pensamiento que se determina, que se concreta, que se particulariza. La idea es el concepto en tanto que se realiza (24).

En Hegel, como en Kant, el concepto es lo que tiene su origen únicamente en el entendimiento.

### Algunas ideas sueltas en torno a la conciencia desdichada.

En la dialéctica del amo y del esclavo, las conciencias de sí son exteriores una al respecto de la otra. En el estoicismo y en el escepticismo, el drama se interioriza. En la figura de la conciencia desdichada, las dos conciencias están presentes en un solo pensamiento: el espíritu. Esta última corresponde al judaísmo, al final del mundo romano y a la Edad Media cristiana. Así deviene dialécticamente la conciencia de sí (25).

En el estado de derecho se da una correspondencia entre este estado y la conciencia desdichada, después de haber atravesado la independencia estoica del puro pensamiento y el escepticismo (26).

Al tratar del mundo de la cultura, Hegel hace una alusión a la conciencia desdichada. La considera como una determinación de la religión, como figura del movimiento de la conciencia, privado de sustancia, una conciencia que ha llegado a ser extraña a ella misma (27). Allí mismo, distingue Hegel entre la conciencia desdichada y la fe. La primera es sin sustancia, es el subjetivismo piadoso. La fe es objetiva, es el pensamiento de la sustancia. La religión reúne los dos momentos que están separados en la conciencia desdichada y en el mundo de la cultura (28). La conciencia de sí alcanza su apogeo en la conciencia desdichada se define como el dolor del espíritu que lucha por elevarse de nuevo a la objetividad, pero que no llega a esta objetividad (29). Lo que une a la conciencia desdichada y a la conciencia creyente es la religión revelada (30).

Frente a la conciencia desdichada se nos da la conciencia de la comedia como una alienación de sí. La primera reposa en el más allá, en una certeza absoluta e inmutable. La segunda, llamada también conciencia feliz, es una conciencia que se ignora aún,

(21) Garaudy, Roger, *op. cit.*, pág. 7.

(22) Hegel, *op. cit.*, pág. 177.

(23) Wahl, J., *op. cit.*, pág. 143.

(24) Serreau, R., *op. cit.*, pág. 27.

(25) Hegel, *op. cit.*, pág. 176.

(26) Idem, II, pág. 48.

(27) Idem, II, pág. 86.

(28) Ibidem, nota 77.

(29) Idem, pág. 203.

(30) Idem, pág. 272.



no conoce aún su desgracia, no sabe que Dios ha muerto (31).

### Lo inmutable

La conciencia desdichada surge de la consideración de que nuestra existencia está separada de la vida universal y perfecta. Se alimenta la conciencia de una salvación que continuamente se le escapa (32).

En este sentido, la conciencia desdichada es el estado de ánimo del hombre que sufre por estar separado de la trascendencia divina. Entonces, opone su propia nada a la esencia eterna (33).

La desdicha surge por el hecho de que la conciencia no se reconoce a sí misma como unidad de la conciencia inmutable y de la conciencia cambiante. Y surge un desdoblamiento de la conciencia que se manifiesta de dos maneras: como indigencia terrenal, esto es, como mediación de la conciencia consigo misma, y como tendencia a lo inmutable, esto es, como mediación con lo eterno (34).

La figura de lo inmutable surge porque lo singular surge en lo inmutable y lo inmutable en lo singular. En la esencia inmutable, aparece el singular en general y el singular de la conciencia. Este movimiento se explica porque la conciencia es una y, al mismo tiempo, duplicada.

Lo singular se vincula a lo inmutable de tres modos:

1o. La conciencia vuelve a surgir como lo opuesto a lo inmutable. Se retrotrae hasta el comienzo de la lucha, que es el elemento de relación.

2o. Lo inmutable tiene para la conciencia carácter de existencia singular.

3o. La conciencia misma se encuentra como existencia singular en lo inmutable.

De esta manera, tenemos tres especies de inmutable: la esencia que condena lo singular, la figura de lo singular y el espíritu, que es la reconciliación de lo singular con lo universal.

La desventura de la conciencia se experimenta como conciencia desdoblada. Se trata de un movimiento que no es unilateral. Tiene tres momentos:

a) lo inmutable se opone a lo singular; b) lo inmutable se convierte en singular, pero se opone al resto de lo singular, y c) lo inmutable forma una unidad con lo singular. Todo esto da como resultado

el que las determinaciones de la conciencia se manifiestan en lo inmutable (35).

La conciencia inmutable mantiene en su configuración el carácter y el fundamento del ser desdoblado y del ser para-sí (36).

En el seno de lo inmutable nace la existencia singular. El judaísmo prepara la Encarnación. Igualmente, en el seno de la existencia singular nace lo inmutable. La verdad del movimiento es el *ser-uno* de esta conciencia doble.

La conciencia inmutable conserva los rasgos de la división del ser. El que la conciencia inmutable obtenga la forma de existencia particular es un puro acontecimiento contingente. Lo inmutable se ha afirmado a sí mismo por el mismo hecho de tomar forma. Parece acercarse a la conciencia como realidad particular, pero se opone a ella como una unidad sensible y opaca (37).

Como conciencia pura y simple, lo inmutable informado parece estar puesto tal como es *en-sí* y *para-sí*. Conviene advertir que estas expresiones no tienen en Hegel el mismo significado que en otros autores, por ejemplo en Sartre. El ser *en-sí* significa en Hegel la virtualidad que todavía no pasó a la existencia. Es pura "dynamis". Mientras tanto, el ser *para-sí* es lo que está realizando como una resistencia particular distinta. El *para-sí* equivale a la actualización del *en-sí*, que es interioridad.

Para Sartre, el *en-sí* es el modo de ser del objeto, su pasado; mientras que el ser *para-sí* es el modo de ser de la conciencia, móvil y cambiante sin cesar.

La unidad de lo inmutable y de lo cambiante, de lo universal y de lo singular, se realiza en la Encarnación, en la figura del Cristo histórico. "Yo soy la Verdad y la Vida", dijo Jesús.

Lo inmutable, desde el momento en que toma una figura, desaparece necesariamente. Los discípulos han visto a Cristo, han oído sus enseñanzas, lo divino se ha manifestado en el mundo. Pero desde este momento, desaparece en el tiempo. La conciencia de sí se entera de que "Dios ha muerto". Dios se hace hombre, pero Dios muere. La Encarnación tiene un sentido universal que simboliza la unión de lo inmutable y de lo mudable (38).

### Lo mudable

La conciencia cambiante no es todavía el

(31) Idem, pág. 260, nota 6.

(32) Brehier, E., *op. cit.*, pág. 360.

(33) Serreau, R., *op. cit.*, pág. 94.

(34) Bloch, E., *op. cit.*, pág. 57.

(35) Hegel, *op. cit.*, pág. 179.

(36) Idem, pág. 180.

(37) Ibidem.

(38) Hyppolite, J., *op. cit.*, pág. 194-195.



absoluto hegeliano. El solipsismo se derrumba por el encuentro con el otro. La conciencia se desdobra a la manera del amo y del esclavo, donde el amo es Dios y el esclavo el hombre. El hombre necesita de Dios para su ser; pero, al mismo tiempo, Dios necesita del hombre. La conciencia descubre su nada particular y la compara con la conciencia inmutable (39).

Lo uno, lo inmutable, es lo esencial para la conciencia. Lo otro, lo cambiante, es lo inesencial. Cada una de estas esencias es extraña a la otra. Cuando la conciencia se pone al lado de lo cambiante, tiene la sensación de lo inesencial; cuando del lado de lo inmutable, tiende a librarse de lo inesencial. La relación entre ambas es de destrucción. Es una relación esencial y contradictoria (40).

La conciencia está en lucha consigo misma porque quiere suprimir uno de los dos términos. Se triunfa sucumbiendo, perdiéndose en lo contrario, según la dialéctica del amo y del esclavo. Concretamente, la infelicidad de la conciencia se da gracias a la toma de conciencia de la vida, como conciencia de la infelicidad de la vida, como conciencia de que la esencia está en lo inmutable y que ella es la nada. Así se emprende la ascensión hacia lo inmutable. Al ascender, surge la conciencia de su ser particular; lo mudable renace del querer convertirse en inmutable (41).

En el primer momento de la oposición de las dos conciencias, la conciencia escéptica se convierte en conciencia desdichada. Ella descubre su nada particular. La conciencia de ser-ahí, de ser en el mundo, se enfrenta a la certeza de lo inmutable (42).

### El escepticismo

Hegel trata acerca de la conciencia desdichada al examinar el estoicismo y el escepticismo. La conciencia desdichada parece ser un signo de desequilibrio profundo en el mismo Hegel, en la humanidad y en el mismo universo en tanto que toma conciencia de él mismo (43).

El escepticismo es la conciencia que experimenta la contradicción de ella misma. Da lugar a la conciencia desdichada. En el estoicismo, la conciencia es simple libertad de ella misma; en el escepticismo, se mantienen separadas dos modalidades de la conciencia una: lo absoluto y lo cambiante.

El escepticismo realiza la libertad de pensamiento en el *ser-ahí* de la vida; pero, al hacer esto, produce un desdoblamiento de la conciencia, lo que viene a producir la conciencia desdichada (44).

La contradicción que produce el escepticismo consiste en que relaciona la vida a la infinitud del yo y se reconoce a sí mismo como contingente. La conciencia se eleva hacia lo inmutable y se baja hasta lo contingente (45).

Esta conciencia escéptica se niega a sí misma sin cesar. Por una parte, es la toma de conciencia del juego de fuerzas y del movimiento del espíritu, de la negatividad absoluta que es el pensamiento (46).

El escepticismo es la realización de aquello que era solamente un concepto en el estoicismo. Asistimos a un movimiento de esta conciencia hacia lo concreto, esto es, realizará en sí la negación de la realidad que se presentaba en el estoicismo como un deber simplemente. En lugar de adoptar una actitud de despreocupación con respeto a la realidad, la niega simplemente (47).

De esta manera, el pensamiento de Hegel se abre paso a la conciencia desdichada, que es el tema de nuestra investigación.

### Aparición de la conciencia desdichada.

La figura de la conciencia desdichada se puede decir que es el lugar más profundo y central de la obra filosófica de Hegel (48). El origen del filosofar sería menos la admiración, *zaumasein*, cuanto el desgarramiento y la no satisfacción que supone la conciencia desdichada (49). Por esto, la conciencia desdichada aparece en diversos momentos de la historia, tales como en el escéptico de la Antigüedad, en el cristiano de la Edad Media, en el incrédulo del siglo XVIII, en la conciencia moral de Kant o en el ideal inalcanzable de Fichte (50).

Hegel había meditado sobre el tema de la conciencia desdichada desde sus primeros trabajos teológicos; era como su preocupación esencial. Le interesaban las realidades supra-individuales, como el espíritu de un pueblo o de una religión. Veía al pueblo griego como un pueblo feliz, mientras le

(39) Hyppolite, J., *op. cit.*, pág. 190.

(40) Hegel, *op. cit.*, pág. 177.

(41) Idem, pág. 178.

(42) Hyppolite, J., *op. cit.*, pág. 190.

(43) Wahl, *op. cit.*, prefacio.

(44) Hegel, *op. cit.*, pág. 175, nota de Hyppolite No.17.

(45) Hyppolite, J., *op. cit.*, de Hegel, París, 1967, pág. 187.

(46) Wahl, J., *op. cit.*, pág. 121.

(47) Idem, pág. 120.

(48) Serreau, R., *op. cit.*, pág. 94.

(49) Idem, pág. 95.

(50) Idem, pág. 94.



parecía el judaísmo como un pueblo desdichado, cuya continuación es el pueblo cristiano (51).

### El judaísmo

Abrahán es un extranjero sobre la tierra. No se trata de un individuo, sino del símbolo de un pueblo. El pueblo que arrastrará consigo un desgarramiento esencial, que no sabrá amar ni qué es el amor. Es un pueblo que está condenado a la idolatría que reconoce como tal. Es una especie de estoicismo al revés. En el estoicismo, el hombre se eleva en conjunto a lo divino. La conciencia de sí se presenta como libre. El hombre se considera como una nada en el judaísmo. Sin embargo, hay una especie de progreso dentro del judaísmo. En Abrahán y Moisés, el hombre enfrenta su propia nada a la esencia inmutable de Dios. Con los profetas y el cristianismo, se establece una reconciliación en el seno de la singularidad (52).

En el judaísmo, la conciencia concibe su esencia de una manera más sublime cuanto más se refleja a sí misma. En la conciencia desgarrada del judío, Dios es el dueño y el hombre es el siervo, la realidad contingente que no acierta a pensarse sino como no siendo. La Encarnación significará un progreso, pero la primera actitud de los cristianos y de la humanidad, en general, será la de la conciencia desdichada (53).

El judaísmo es una religión nacida de la infelicidad y hecha para la infelicidad. El pueblo judío es un pueblo subyugado..., dividido en sectas, descontento... Pero, al mismo tiempo es un pueblo que aspira a lo más alto y que, por esa aspiración, se agita en vano (54).

En el judaísmo, la conciencia desdichada se presenta a sí misma como lo inesencial. La esencia, Dios, está fuera de la vida. El yo es nada, pero, al mismo tiempo, es trascendente. Así se inicia la lucha de las dos conciencias, comienza la ascesis. La liberación de lo inesencial da como resultado una recaída en él (55).

Lo inmutable no se alcanza sino en la existencia singular. La sabiduría de Salomón tenía que encarnarse en un hombre concreto: el hijo de David. Dios Padre se hace concreto a través de Cristo (56).

El judaísmo conduce a la encarnación de lo inmutable, que supone una unidad de lo inmutable y

de lo cambiante. El cristianismo supone revalorizar la existencia singular, dándole valor infinito (57).

La religión de Moisés nació para la infelicidad y está hecha para la infelicidad. El pueblo judío es un pueblo desgraciado: siendo tan orgulloso de sí, se ve subyugado por los romanos. La tragedia del pueblo judío no se parece en nada a la tragedia griega: no despierta el miedo o la piedad, sino el horror, a pesar de la inmensidad de su tristeza (58).

José somete a su pueblo al rey de Egipto y Moisés, al liberarlo, lo somete a nuevas leyes. El judío no sabe unirse simplemente a los objetos: se hace el amo o el esclavo de ellos. El Dios de los judíos es un dios de separación (59).

La ley religiosa de los judíos es una ley de destrucción. Huye de la realidad, espera un Medías, que es un extraño (60).

Si hubiera que comparar la figura del judío a alguna figura de la mitología griega, los judíos vendrían a ser la Gorgonas, cuya mirada materializa y destruye (61).

### El cristianismo

La conciencia desdichada es la interpretación que hace Hegel de la Edad Media cristiana. Aquí se da en su punto máximo un contraste de conciencias: la contradicción entre la conciencia inmutable que mira hacia Dios y la conciencia cambiante que mira hacia el hombre. Esta situación produce una gran desdicha o desventura para la conciencia, porque, siendo una sola la conciencia, se halla a sí misma partida en dos y no se reconoce como unidad de ambas.

La conciencia así escindida hace un intento por superar su desdicha. Lo realiza por medio de la devoción. Esta consiste en una subordinación de la conciencia cambiante a la inmutable. Pero la devoción culmina en el ascetismo. La conciencia reconoce su propia desdicha y la miseria de su carne y se une a Dios. Con esto cree la conciencia haber superado su desdicha.

Antes de la Edad Media, en el paganismo, el hombre no ha tomado conciencia todavía de su infelicidad. Con el cristianismo, el hombre no toma conciencia de su dicha. Lo que se impone es crear una religión de la belleza, una especie de alianza de la desesperanza con la serenidad (62).

(51) Hyppolite *op. cit.*, París, 1967, pág. 185.

(52) *Idem*, pág. 186.

(53) Hegel, *op. cit.*, pág. 177, nota 20.

(54) Hyppolite, *op. cit.* pág. 191.

(55) *Idem*, pág. 194.

(56) Wahl, J., *op. cit.*, pág. 29.

(57) Hyppolite, *op. cit.*, pág. 193.

(58) Wahl, J., *op. cit.*, pág. 29.

(59) *Idem*, pág. 27.

(60) *Idem*, pág. 28.

(61) *Idem*, pág. 26.

(62) Wahl, Jean, *op. cit.*, pág. 12.



En las épocas de desdicha, se deja oír la voz del himno de Lutero: "Incluso Dios ha muerto". Esta muerte se concibe como una especie de realización de Dios (63). Dios muere para renacer: he aquí la negatividad divina. Este es a la postre el origen del hegelianismo (64).

El cristianismo se ha de estudiar desde la figura de Jesús. La conciencia desdichada de Jesús encuentra refugio en su Padre. El Padre es el que se opone a todo. Jesús es la conciencia de la oposición. La vida de Jesús es la realización parcial de lo divino en el combate con el destino (65).

Pero el destino de la conciencia desdichada tiene que continuar en la Iglesia. Hay una contradicción que hace sensación: el pan y el vino, símbolo de lo inmaterial. Los discípulos tendrán un sentimiento de aspiración triste y como sin esperanza (66).

El alma judía se renueva en el espíritu de la Iglesia. La conciencia infeliz no es ya la Iglesia sin Dios de los judíos, ni el Dios sin Iglesia de Jesús, sino la unión totalmente externa de la Iglesia y de Dios (67). El cristianismo, cuando ora, atribuye los movimientos buenos de su alma a Dios. Su acción buena o mala, lo será por la relación que ésta tenga con lo divino (68).

El cristiano viene a ser todavía más desdichado que el judío. Desprecia las riquezas de las que el judío se hace servidor (69).

La idea misma de milagro está relacionada con la conciencia desdichada. El milagro constituye el más alto desgarramiento, la blasfemia más grande. Por una parte, la acción espiritual infinita: por otra, la acción corporal finita, sin ligazón de ninguna clase (70).

Cosa parecida le ocurre a la idea de pecado. El pecado es una especie de bancarrota general del espíritu humano. Esta idea corresponde a los siglos en que aparece con mayor rigor la conciencia desdichada (71).

Lo que condiciona tanto al judaísmo como al cristianismo es la idea de separación. La finalidad del cristianismo es alcanzar la reconciliación; pero a esta reconciliación no se llega sino por el dolor y, aun así,

permanece siendo separación (72).

Pero, mientras el judío es un alma que divide, el cristiano es un alma dividida. En el judío anida la desesperanza, en el cristiano la esperanza; en uno y otro la separación. Durante la Edad Media, la Iglesia contradice al Estado Y el Estado contradice a la Iglesia (73).

El cristianismo es hijo del judaísmo y del escepticismo. Del escepticismo hereda la conciencia de la dualidad humana; del judaísmo la conciencia de la contradicción de esta dualidad, esto es, del hombre y de Dios. El escepticismo hace patente la dualidad; el judaísmo la pone en términos de contradicción, lo que estaba implícito en el primero (74).

#### La conciencia desdichada en algunos pensadores pesrenacentistas. Pascal.

El espíritu escéptico de Montaigne se hace más profundo y se convierte en espíritu de Pascal. Pascal tiene conciencia de su unidad, pero resiente mejor su desgarramiento. Para él el estoicismo no es un engrandecimiento sino un achicamiento, una pérdida de la conciencia. Se esfuerza por darle sentido de unidad a la conciencia por medio de la religión cristiana (75).

#### Los románticos

También en ellos encontramos la división de la conciencia en dos. Cada manifestación del pensamiento romántico encuentra la muerte en él mismo (76). Los románticos vuelven a revivir la conciencia desdichada en su alma melancólica y partida (77). Como en las obras literarias del romanticismo, cuando el objeto de la felicidad está a punto de conseguirse, entonces se pierde para siempre.

#### Fichte.

La conciencia judía y la conciencia de Fichte se identifican. Ven en la naturaleza un cadáver y en los seres vivientes una construcción de la reflexión. Separan a los seres los unos de los otros (78).

#### Jacobi.

Hace una teoría de la finitud y del sufrimiento. Su filosofía es un grito de dolor incurable. Es el

(63) Idem, pag. 18.

(64) Idem, pag. 19.

(65) Idem, pag. 36.

(66) Ibidem.

(67) Idem, pag. 39.

(68) Idem, pag. 40.

(69) Idem, pag. 42.

(70) Idem, pag. 43.

(71) Ibidem.

(72) Idem, pag. 47.

(73) Idem, pag. 48.

(74) Idem, pag. 125.

(75) Wahl, J., *op. cit.*, pag. 125.

(76) Idem, págs. 63-64.

(77) Idem, pag. 20.

(78) Idem, pag. 61.



filósofo de la subjetividad. Temer ponerse en contacto con la realidad (79).

#### Hegel.

Tiene que luchar contra el racionalismo y contra el romanticismo (80). Pero igualmente tiene que luchar contra el subjetivismo de Fichte y contra el objetivismo de Schelling (81). Encontrará la síntesis en el cristianismo y en la antigüedad.

Hegel encuentra que el alma judía y el alma romana son semejantes. Son almas desdichadas en igual grado de corrupción. Para ellas, la naturaleza había dejado de ser libre y bella. Se convierte en continuador de Herder al defender los dioses del Walhalla contra el judaísmo, el cristianismo y Roma. "El cristianismo ha despoblado el Walhalla, ha talado sus bosques sagrados y ha hecho de la fantasía del pueblo una superstición horrible" (82).

#### Kierkegaard:

Es la personificación de la conciencia desdichada (83), como antes lo había sido Kant. Para Kant la ley del deber se opone a lo particular. El kantismo y el judaísmo son idénticos. Su moral es una moral servil (84).

#### Sartre

Para Sartre, la realidad humana es conciencia desdichada sin superación posible. Surge el ser como perpetuamente frecuentado por una totalidad que es sin poder serlo. No podría alcanzar el en-sí sin perderse como para-sí (85). La conciencia está siempre amenazada por el ser sin poder suprimirlo. En lo

que constituye la facticidad de la conciencia. Ella experimenta un sentimiento de su total gratuidad. La sensación de desdicha proviene del hecho de que la conciencia aspira a ser y no puede ser otra cosa que nada (86).

#### A modo de conclusión

Hasta aquí, un esbozo de la doctrina hegeliana acerca de la conciencia desdichada. También, algunas referencias acerca de las repercusiones que esta temática ha tendido en autores más recientes.

Nuestra pretensión no ha sido, ni mucho menos, agotar el tema, pero sí la de pergeñar algunos lineamientos sobre una teoría que tantas consecuencias tiene en el ámbito filosófico.

#### BIBLIOGRAFIA

##### Fuentes:

Hegel, *La Phénoménologie de l'Esprit*, Paris (Aubier), s.d.e.

##### Obras consultadas:

Bloch, Ernest, *El pensamiento de Hegel*, Méjico (Fondo de Cultura Económica), 1949.

Brehier, Emile, *Historia de la Filosofía*, Buenos Aires (Editorial Sudamericana), 1962.

Garaudy, Róger, *El problema hegeliano*, Buenos Aires (Editorial Galden), 1969.

Hyppolite, Jean, *Genèse et structure de la Phénoménologie de l'Esprit*, de Hegel, Paris (Aubier), 1967.

Serreau, René, *Hegel y el hegelianismo*, Buenos Aires, (Eudeba), 1968.

Wahl, Jean, *Le malheur de la conscience dans la philosophie de Hegel*. Paris (P.U.F.), 1951.

(79) Idem, pág. 62.

(80) Idem, pág. 66.

(81) Idem, pág. 68.

(82) Idem, pág. 41.

(83) Serreau, R., *op. cit.*, pág. 89.

(84) Wahl, J., *op. cit.*, págs. 54-55.

(85) Sartre, J.P., *El ser y la nada*, pág. 134.

(86) Garmendia, G., *Sartre*, Buenos Aires, pág.

23.